XXX Domingo del Tiempo Ordinario C

Al estilo de Rembrandt

"Jesús dijo esta parábola por algunos que teniéndose por justos, despreciaban a los demás: Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo. El otro, un publicano." San Lucas, cap. 18.

Maestro del claroscuro fue Rembrandt. En sus cuadros, las luces y las sombras se enfrentan con vigor y destreza, imprimiendo a la imagen un toque de seducción y de misterio.

Dentro de igual técnica podríamos inscribir aquella parábola de san Lucas, que nos presenta a dos personajes del tiempo de Jesús: Un fariseo y un publicano.

Ambos subieron un día al templo para la oración ritual. Tal vez hacia las nueve de la mañana, o ya por la tarde a las tres. El fariseo, de pies, eleva una plegaria que parece de agradecimiento, pero en verdad es una autoalabanza.

Le advierte a Dios que no lo vaya a confundir con los demás, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros. Pero, ¡qué suerte!. Descubre allí atrás un maravilloso punto de comparación: "No soy tampoco como ese publicano".

Ayunaba dos veces a la semana. Los lunes y los jueves corrientemente. Aunque la ley sólo imponía un ayuno anual, el día de Yom Kippur, o de expiación.

Este fariseo, además, cuyo apelativo significaba separado, perfecto, pagaba diezmo de todo lo que poseía. Una obligación que únicamente incluía el grano, el mosto y el aceite y cobijaba, no al consumidor, sino solamente al productor. No sobra imaginar que este hombre oraba, muy abiertos los ojos, mientras una sonrisa de complacencia le iluminaba el rostro. La ciudad santa no albergaba en su seno a nadie como él.

El reverso de esta moneda era el publicano. Su hoja de vida lo acreditaba como ladrón, usurero, avariento, acostumbrado a violar la ley, opresor de huérfanos y viudas. Todo ello para engrosar los recaudos a favor de los romanos, quienes habían invadido a Palestina desde el año 63 a.C.

Su oración es breve y simple, sin compararse con nadie. Allá abajo, a la entrada del templo, no se atreve a levantar los ojos. Se reconoce pecador y desea enmendar su vida. Pero le es imposible sin la ayuda de Dios. Por eso clama: "Ten compasión de este pecador".

El Maestro concluye la parábola contrastando los resultados de aquellas dos oraciones: " Os digo que el publicano bajó a su casa justificado y el otro no". Y añade una frase de la sabiduría popular de entonces: "Todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido". Es casi una ley física: Cuando hemos desordenado el mundo en cualquiera de sus áreas, todo vuelve a buscar el equilibrio.

A muchos nos repugna la persona del fariseo, pero podríamos caer en un fariseísmo más refinado: Yo no soy como los demás, ni tampoco como aquel fariseo que el Evangelio nos presenta.

Preferimos tal vez situarnos cerca al publicano, pues nuestra conciencia guarda un extenso prontuario de culpas personales. Pero es posible añadir otra más: Soy pecador, confío en el Señor, y nadie puede ganarme en humildad.

Lo más evangélico sería presentar, sencillamente, ante el pincel todopoderoso del Señor, nuestras luces y sombras. Con ellas El, que hizo brotar el día e inventó la noche, podrá fabricar como acostumbra siempre, una obra maestra.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y